



1.º ITALIA

2.º FRANCIA

3.º ESPAÑA

CREO que Bilbao es una de las ciudades claves en el futuro español. Por eso, el Festival de cine documental que se celebra allí anualmente resulta doblemente importante: porque nos impone la grata obligación de asomarnos periódicamente a la capital vizcaína y por lo específicamente cinematográfico.

Aquí toca hablar, naturalmente, del segundo aspecto.

En esta ocasión he de hacerlo como enviado y como miembro del jurado. Y señalo esta última condición, porque no creo que esté de más decir que en Bilbao hemos discutido largamente los premios y que el palmarés responde a los juicios mayoritarios de un jurado en el que había representación española, inglesa e italiana. Sólo falló Jean Rouch, el famoso director francés, con el que se contaba y que no apareció.

Este cuarto Certamen arroja, con respecto al anterior, una diferencia esencial. Subió el tono medio de las sesiones y, en cambio, escasearon las películas realmente serias. Falta-ron grandes cortos, pero esta vez se tomó el buen acuerdo de excluir los films didácticos y turísticos que llenaron de tedio largos minutos del Certamen número tres. A destacar también el homenaje dedicado este año a los cortos de Ermanno Olmi, el gran director de «Il Posto».

Los Miqueldí se los disputaron «Un luogo appartato», de Ennio Lorenzini, y «Le the a la mente», de Pierre Kafian. Fue un interesante pugilato, porque ambas películas significan dos vías distintas de aproximación a un mismo tema. El de la soledad humana, abordado por Kafian a través de una serie de personajes más o menos arquetípicos, metidos en una cafetería parisina, con música de Ravel en la banda sonora y foto en blanco y negro. Es un corto lleno de maestría, pero en el que abunda un convencionalismo literario un tan-

to pasado de rosca. «Un luogo appartato», film menos logrado, tiene sin embargo a su favor el afán de enunciar el problema, tomando como protagonistas a una pareja de jóvenes, retratados en color sobre escenarios «desliteraturizados». Anda claramente por medio la influencia de Antonioni.

Ganó la película de Lorenzini, el Miqueldí de Oro por apretado margen de votos y en la segunda, una vez desechada la posibilidad del ex aequo. El Miqueldí de Plata, fue, por lo tanto, para la película de Kafian.

Y ya para el tercer premio, dos títulos: «Annalya Tou Bari», de Denise Charvein, originalísima película de dibujos, en los que se cuenta una antigua leyenda africana con encantadora y bien meditada ingenuidad, y «Tasili N'Ajer», un prodigioso documental, de Lajoux y Michel Meignant, sobre la civilización de este lugar sahariano.

Junto a estos buenos cortometrajes —documentales, de argumento o dibujos— del cine europeo, el Certamen de Bilbao contó con una buena sesión española, en la que triunfaron «Torerillos», de Basilio Martín Patino y la calidad media del lote de Javier Aguirre.

Para «Torerillos» —de la que ha sido ayudante de dirección, Jesús García de Dueñas— fue el primer premio de la sección iberoamericana. Se trata de un sincero estudio del tema de los maletillas y espontáneos, como rebelión desesperada del humilde, desarrollada sobre un eficaz y magnífico montaje de recortes de periódico y noticias auténticas con unas menos convincentes escenas rodadas ex profeso.

De Javier Aguirre destacaron dos títulos: «Tiempo de playa» y «Espacio dos». A Aguirre se le dio el premio a la mejor película española —que equivale a la segunda, puesto que «Torerillos» encabezó las películas nacionales e iberoamericanas— y el que corres-

pondría a la mejor exaltación de una ciudad. En este caso, la de Cádiz, en su original «Espacio dos».

Y poco más que añadir en este comentario. Señalar la baja calidad de la aportación hispanoamericana y filipina. Decir que, por esta razón, se declararon desiertos varios premios, y repetir que en el Festival de Bilbao puede encontrar el pobre documental español argumentos que le den vigor y que pongan el tema en la actualidad del cine español. Un cine corto que, de verdad, para la formación de futuros directores, y por el valor del cortometraje en sí, necesita una protección —en subvención y en la exigencia de que sea proyectado, como ocurre con las películas españolas largas (y NO-DO debe quedar al margen de esta competencia, por razones obvias)— que le ponga en marcha, sin los heroísmos que hoy le sostienen.

Esa es la gran importancia, presente y futura, del Certamen de Bilbao.

JOSE MONLEON

